

El agujero negro

3

A demás de ser una buena persona, don Gonzalo era muy trabajador. Se levantaba al amanecer y seguidamente iba a las montañas de Norcasia a cortar árboles. Una mañana su hermana no le trajo el almuerzo, como solía hacer todos los días. Cuando don Gonzalo volvió a casa, la encontró muerta, atada a un poste. La habían violado. En el patio estaban los cadáveres sin cabeza de los dos hermanos, mientras que los cuerpos de los padres yacían en casa, en el pasillo. El único que aún vivía era el hermano más pequeño. Antes de morir en sus brazos, pudo decirle que los autores de aquella matanza habían sido los bandidos. Desde entonces don Gonzalo se dedicó a cortar cabezas de bandoleros. Era su verdadera obsesión. Cuando había que matar a alguno, el primero en ofrecerse era él.

Lo mismo hizo aquel día sobre el puente de Río Manso, cuando los soldados le llevaron 30 prisioneros que había que matar. No eran bandidos. Su única culpa era vivir en una pueblo considerado liberal. Estaba don Gonzalo afilando el machete cuando colocaron primer campesino sobre el parapeto. Le cortó la cabeza con el clásico “corte de franela”, un corte que rozaba el cuello de la camiseta de franela usada por los campesinos. Así hizo con todos. Primero caían las cabezas al río. Después, los soldados que sostenían a los condenados, arrojaban al agua los troncos salpicados de sangre. La matanza realizada por don Gonzalo, el Mochacabezas, fue vista por don Rafael, un campesino de Norcasia, escondido detrás de unas matas en la colina cercana. “Yo veía caer las cabezas, los cuerpos, la sangre escurriendo y se me agriaba el corazón. Cortar la cabeza es dejar al

cuerpo sin alma. Ahí tiene uno su inteligencia, su amor, sus ojos, es que uno es su cabeza, lo otro es importante, pero uno vive sin una mano, sin un pie, pero sin cabeza no”, recuerda don Rafael (Salazar, 1990).

No todos los colombianos se convirtieron en cortacabezas, como don Gonzalo, en los años que siguieron al asesinato de Gaitán, pero muchos de los 300.000 asesinados en aquella época lo fueron de manera no menos atroz que sus familiares y que los 30 hombres decapitados sobre el puente de Río Manso. Millones de hombres vieron, como don Rafael, episodios de violencia que les marcaron para toda la vida.

En aquel fatídico 9 de abril de 1948, la noticia del atentado contra el líder liberal se propagó en unos instantes por la capital y, a través de la radio, por Colombia entera. No fue necesario convocar una huelga general. El país paró espontáneamente y una parte del pueblo comenzó a reaccionar, guiándose solamente por la ira y el deseo de venganza, sordo a cualquier invitación a la calma e incluso a las directivas del Partido Liberal o Comunista. En Bogotá estaban celebrando la Novena Conferencia Panamericana. Entre los participantes se hallaba el secretario de Estado norteamericano, el general George Marshall. En la ciudad, tomando parte en un congreso de estudiantes latinoamericanos, estaba asimismo el joven cubano Fidel Castro. Apenas explotó la revuelta, Marshall fue introducido en el primer avión a punto de despegar y enviado a Washington. Castro, por su parte, se sintió entusiasmado al principio por aquella furia devastadora, pero luego se vio desolado por su fracaso.

Quienes bajaron por las calles de Bogotá y se lanzaron contra los símbolos del poder político y económico que los había marginado y empobrecido fueron vagabundos, desempleados, y obreros, pero también comerciantes, profesores y artesanos, componentes de aquel pueblo al que Gaitán había dado identidad y voz y que, con su muerte, se encontraba de golpe desesperadamente huérfano. Una muchedumbre cada vez más numerosa, armada de fusiles, pistolas, picos y palos asaltó como una marea imparable, y prendió fuego a los edificios donde tenía sus sedes el Partido Conservador, o se hallaban las viviendas de sus dirigentes, los locales del periódico *El Siglo*, y las oficinas de las grandes industrias y bancos. También incendiaron alguna iglesia. Cuando estaban dirigiéndose a la de San Ignacio, en pleno centro, los manifestantes fueron detenidos por los curas que disparaban como locos desde el campanario. Tanto el ejército como la policía fueron pillados por sorpresa. En un cuartel del centro, los policías distribuyeron armas a los manifestantes. En otros cuarteles los recibieron a tiros de fusil. Los militares tuvieron que emplearse a fondo para llegar hasta el Palacio presidencial y formar un cordón defensivo. En las prime-

ras dos horas tras el asesinato de Gaitán, el presidente Mariano Ospina y su mujer doña Berta no habían tenido más defensa que la de 30 guardias. En cuanto cayó la noche empezaron los saqueos, con la ciudad semi-destruida e iluminada por las llamas. A pesar de las invitaciones a la disciplina lanzadas por los dirigentes liberales, comunistas y sindicales, la revuelta hizo posible que vándalos y borrachos se dedicaran a robos y saqueos. La protesta se extendió por todo el país, tomando las características de un golpe de Estado en las regiones rojas, donde fueron encarcelados, expulsados y, en muchos casos, fusilados los representantes del gobierno.

Ningún colombiano dudaba que Gaitán había sido asesinado por el Partido Conservador. También lo creían así los diplomáticos norteamericanos. En un documento *top secret* del 24 de mayo, el coronel de la embajada de Estados Unidos en Bogotá escribió: “La teoría más consistente es que Roa ejecutó un plan diseñado por una pequeña conspiración de furibundos conservadores”, añadiendo que “todo el mundo, salvo los gaitanistas furibundos, parecen sentirse contentos de que Gaitán se haya ido”.¹ Con el pasar de los años se abrió paso, por el contrario, la opinión de que el homicidio de Gaitán hubiera sido el primer complot organizado por la Central Intelligence Agency (CIA), creada sólo siete meses antes por el presidente Harry Truman. De esa manera Estados Unidos hubiera querido frenar la expansión comunista en su área de influencia. La CIA, en cambio, continuó durante más de medio siglo atribuyendo el asesinato de Gaitán a “un puro acto de venganza personal”, inventando una rivalidad sentimental entre el líder y su presunto asesino, Juan Roa Sierra. La tesis del complot ha sido sostenida por Gabriel García Márquez, que, aquel viernes de abril se precipitó al lugar del atentado desde la pensión cercana donde se alojaba cuando frecuentaba los cursos universitarios en Bogotá, y observó a “un hombre alto y muy dueño de sí con un traje gris impecable, como para una boda” que instigaba a la gente contra Roa Sierra y que, una vez concluido el linchamiento, desapareció subiendo a un automóvil “demasiado nuevo” (García Márquez, 2002). Ninguna autoridad mostró intención de clarificar los misterios de la muerte de Gaitán. Mientras el Federal Bureau of Investigation (FBI) destruyó en 1972 la mayoría de los documentos sobre el magnicidio que guardaba en sus archivos (como se

1. De los informes remitidos por el funcionario militar de la embajada en Bogotá, coronel William W. F. Hausman, recogidos por el periodista e historiador Paul Wolf, que promueve desde hace años la batalla en pro de la apertura de los archivos del FBI y de la CIA sobre la muerte de Gaitán.

logró conocer en febrero 2005), la CIA, por su parte, ha continuado negándose a abrir sus archivos “por razones de seguridad nacional”, con una actitud inexplicable si se recuerda que sí los había abierto en el caso del golpe chileno contra el gobierno de Salvador Allende.

El 9 de abril de 1948 la gente común solamente dio importancia al hecho de que su héroe había sido asesinado. El país se precipitó en un verdadero caos. La dirección liberal pidió formalmente la dimisión del presidente Ospina a las dos horas del atentado. La cúpula del ejército se inclinó por la formación de una junta militar con el objetivo de restaurar el orden. El presidente, contra lo que todos esperaban, rehusó dimitir, instigado por su belicosa mujer, que se fotografió con casco y fusil en bandera. Solamente su hijo salió hacia la embajada norteamericana, acompañado por un grupo de jesuitas. Al amanecer del 10 de abril, el ejército, apostado en los puntos estratégicos de la ciudad, abrió fuego contra los manifestantes. Se veían las bocas de docenas de fusiles que aparecían por las ventanas de los edificios y disparaban indistintamente contra militares y civiles. El llamado “Bogotazo”, una de las revueltas urbanas más violentas del siglo XX, causó oficialmente, en sólo tres días, 2.585 muertos.

Las noticias que llegaban sobre los enfrentamientos de otras ciudades, en muchas de las cuales la policía se había unido a los revoltosos, alarmaron no sólo a los conservadores sino también a los liberales. No tenían intención alguna de aprovechar el potencial revolucionario que se había manifestado de manera espontánea, sino que lo temían profundamente. El “miedo al pueblo” indujo a Ospina a aceptar una recomposición del Gobierno, y convenció a los dirigentes liberales para que impusieran a los sindicalistas la suspensión de las huelgas que estaban produciéndose. Diez días después de la muerte de Gaitán, los dirigentes conservadores y liberales hicieron un llamado conjunto a la moderación, aunque “con la fervorosa defensa de los ideales y programas de los dos partidos”, ocultando que dicha defensa era cumplida a disparos de fusil y golpes de machete en las zonas lejanas a la capital.

Muchos partidarios de Gaitán continuaron la revuelta. El más decidido fue el alcalde del centro petrolero de Barrancabermeja, que formó una junta revolucionaria. En algunas zonas de la Cordillera Central y en los Llanos Orientales, comenzaron a actuar pequeños grupos armados. Algunos liberales que se negaron a entregar las armas formaron durante los años siguientes los primeros núcleos de la guerrilla campesina comunista. Asustados por la furia popular, los jefes de ambos partidos comenzaron a hostigar a sus propios seguidores y a hurgar en diferencias ideológicas con el objetivo de tapar las contradicciones sociales que la po-

lítica de Gaitán había hecho surgir. Comenzada la orgía de sangre, todos encontraron razones para continuarla.

Apenas conseguida una cierta calma, los conservadores desataron la guerra, persiguiendo a los “nueve abrileros”, como llamaron a los liberales del día de la revuelta. El gobierno proclamó el estado de sitio, prohibió las huelgas y las reuniones políticas, cerró las sedes sindicales e hizo despedir y arrestar a miles de trabajadores gaitanistas. Los industriales aprovecharon de inmediato el nuevo clima represivo. “La situación colombiana es la mejor que hemos conocido jamás”, declaró el presidente de la ANDI al año siguiente, en el que murieron por razones políticas casi 30.000 colombianos. Entre 1948 y 1953 la producción industrial creció el 56%, mientras que los salarios perdieron el 14% de su poder adquisitivo.

Los conservadores empezaron entonces a practicar sistemáticamente el “terrorismo de Estado”. La policía, depurada ya de todo elemento liberal, se convirtió en un cuerpo armado al servicio del partido en el poder, reclutando, según un documento liberal, “criminales genuinos, temidos y odiados por las gentes pacíficas”. Perdió hasta tal punto toda legitimidad que una gran parte de la población no requería sus servicios ni siquiera en los casos ajenos a toda motivación política. En junio de 1949, el directorio liberal escribió: “hay departamentos donde el simple anuncio de la llegada de la policía a un municipio determina un éxodo en masa”.

Concluida la represión del “Bogotazo”, el ejército permaneció de momento imparcial frente a la lucha política. Los liberales opinaban que su presencia garantizaba “tranquilidad, moderación y orden”. En las regiones rojas los campesinos escribían sobre los muros: “no queremos pelear con el ejército”. En todo caso, la Policía continuó reclutando sus hombres en las zonas dominadas por el clero fanático. Según el general José Joaquín Matallana,

enviaron a la policía política chulavita a zonas como el Casanare. Fueron en condiciones muy precarias, apenas con un uniforme, un fusil, cartucheras y equipo muy rudimentario. Los chulavitas eran gente muy valiosa y poco disciplinada. Llegaron al Llano, a lo mejor muchos de ellos con la mejor intención, y al ver que pasaban los meses y ni el sueldo les llegaba, comenzaron los problemas con quienes los alojaban, con la alimentación y con las mujeres los atropellos se fueron generalizando.

A estos destacamentos en uniforme se les unieron equipos de civiles, como los “aplanchadores” en la región de Antioquia, y los “pájaros”, llamados así porque solían actuar y desaparecer rápidamente, en el depar-

tamento de Valle, por la zona de Cali. El gobernador de dicho departamento, Nicolás Borrero, propuso a los industriales, ganaderos y agricultores, financiar a grupos armados privados, ofreciendo “la facilidad de crear un cuerpo de vigilancia de sus respectivas propiedades, el cual tendría todo el respaldo de la autoridad y podría actuar en nombre de ella”. Aquellos grupos, que deberían haberse limitado a combatir el robo de ganado y a desarrollar tareas de vigilancia, se dedicaron realmente al exterminio sistemático de los liberales. Los “pájaros” actuaron inicialmente en las zonas rurales, en unidades de cuatro o cinco hombres, que se trasladaban en automóviles sin matrícula. Cuando se proponían eliminar a algún opositor, actuaban de noche. En el caso de querer aterrorizar a una comunidad entera, actuaban a la luz del día, portando a menudo un estandarte de la Virgen del Carmen.

Los “pájaros” fueron utilizados para eliminar o convertir por la fuerza a los liberales más radicales, a los comunistas, protestantes y masones, dentro de una especie de cruzada contra las fuerzas del mal. Según el Vampiro, uno de los jefes más sanguinarios de la Cordillera Occidental, “todos colaboraban sin saber muy bien por qué. Yo llegaba a una cantina o a una vereda y decía hay que ir a tal parte a hacer tal trabajito y seguidamente salían cinco o diez paisanos que se ofrecían”. Muchos latifundistas aprovecharon la ocasión para ajustar cuentas pendientes con los campesinos que habían ocupados sus tierras en las décadas anteriores.

Con el paso del tiempo, los “pájaros” comenzaron a actuar también en las ciudades más importantes, convirtiéndose en verdaderos mercenarios del crimen al servicio de las autoridades gubernamentales y de los dirigentes del Partido Conservador. Los homicidios eran acompañados a menudo de la mutilación de las víctimas. Los asesinos probaban la realización de su “trabajito” llevando una oreja o un dedo a quien había dado la orden. Hubo veces en pueblos del departamento de Tolima, en que “pájaros” y chulavitas descargaron de sus camiones en la plaza principal docenas de cabezas cortadas, o mostraron cestos llenos de ojos arrancados a los enemigos. Estando vivos, naturalmente.

Con el terror se intentaba inducir a comunidades enteras al abandono de sus tierras, o por lo menos a venderlas a cualquier precio. Entre 1946 y 1953, casi 400.000 familias fueron obligadas a huir a la periferia de las ciudades o a internarse en los territorios más inhóspitos del país, como los Llanos Orientales o las selvas amazónicas. Muchos de los 200.000 terrenos que cambiaron de propiedad acabaron en manos de las empresas agrícolas, sobre todo las dedicadas al algodón y el azúcar. Durante los años más sangrientos de la guerra civil, se duplicó en el Tolima la tierra desti-

nada a la producción de algodón, y se cuadruplicó su rendimiento. El monto de la exportación de café pasó de 242 millones de dólares en 1949 a 492 millones en 1953.

En muchas ocasiones los mismos curas participaban personalmente en las sangrientas correrías. En la zona cafetera de Armenia se hizo famoso un sacerdote que pasaba las noches asaltando las haciendas de los liberales, a quienes robaba sacos de café que, al día siguiente, exponía puntualmente en el pórtico de la iglesia. No le fueron a la zaga obispos y monseñores. El primado del país, monseñor Ismael Perdomo, recordó en una carta pastoral dirigida a los fieles que “el liberalismo está reprobado por la Iglesia y ningún católico puede favorecerlo, está caracterizado... por la proclamación de la pretendida independencia o autonomía de la razón humana ante la autoridad de Dios y de la Iglesia”. El obispo de Pasto, por su parte, afirmó que estaban enfrentándose en el país

las fuerzas del bien a las cuales pertenecen los partidos del orden y la justicia, y de otro, todas las fuerzas que han producido males inmensos como el 9 de abril, con las que se han solidarizado los jefes de los partidos que hostigan siempre a la Iglesia, llámense comunistas, izquierdistas, demócratas, liberales o como quieran.

Era la misma mentalidad del obispo de Santa Rosa, para quien el dilema en Colombia era “o militamos en Cristo, cuyo vicario reside en Roma, o con Belial, cuyo principal agente reside en Moscú... Nuestro ideal es defender a Cristo y sus derechos sacrosantos, sostener la religión, aunque tengamos que rendir la vida en su defensa” (Nieto, 1956).

Un “pájaro” que se tomó al pie de la letra estas proclamas fue León María Lozano, un insignificante vendedor de quesos del departamento de Valle, asmático de nacimiento, que el 9 de abril de 1948 se convirtió en un mito para los conservadores por haber defendido con dinamita la capilla del Colegio Salesiano de Cali, al ser atacada por manifestantes liberales. Desde aquel día los jefes conservadores y el gobernador Borrero le encomendaron la tarea de limpiar de liberales toda la zona. Lozano, a quien dieron el nombre de El Cóndor, comenzó a exterminarlos al grito de “Viva Cristo Rey”, a la cabeza de bandas cada vez más numerosas de matones. Fueron asimismo asesinados los pocos magistrados que intentaron indagar sobre determinados delitos, así como muchos testigos de sus crímenes. Diez prestigiosos liberales de Valle, que publicaron en el periódico *El Tiempo* una carta abierta sobre los lazos políticos de Lozano, fueron muertos uno tras otro. En todo caso, la carta de quienes fueron apodados sarcásticamente el escuadrón suicida hizo que el gobierno ordenara el

confinamiento de Lozano, que había perdido, además, el control de sus milicias, y éstas sembraban el terror entre los mismos conservadores. A los siete años de su bautismo de fuego, aquel 9 de abril de 1948, El Cóndor fue muerto en una calle de Pereira por el hijo de una de sus primeras víctimas.

Otras veces fue el destino quien se encargó de castigar a los responsables de tanta sangre. El gobernador Nicolás Borrero murió en un accidente automovilístico el año 1951, cuando regresaba de una reunión de “pájaros”. Su coche se estrelló contra un gran árbol y en los días siguientes aparecieron en él carteles colocados por manos desconocidas. Uno decía “Del pájaro no quedaron ni las plumas”. Otro recordaba: “Suele ocurrir que los pájaros se caguen en los árboles, este árbol es el único que se cagó en los pájaros”. Desde entonces se produjeron junto al árbol enfrentamientos a disparos y machetazos. Los liberales lo consideraban un monumento, y lo regaban y le quitaban el polvo a las hojas, llegando a depositarle flores y encender velas. Los conservadores lo utilizaban como orinal y querían abatirlo (Betancourt y García, 1990).

Frente a la violencia conservadora organizada desde el poder central, la del variopinto frente liberal tuvo características diferentes según las zonas. En algunas regiones se organizaron “grupos de autodefensa” con el objetivo de proteger a las “familias del enemigo”. Donde prevalecían los elementos más radicales, dichos grupos se transformaron en guerrillas, dispuestas a responder golpe por golpe a los ataques de las milicias conservadoras, utilizando a veces su misma ferocidad.

En todo caso, los liberales apostaban más bien por vencer a sus rivales mediante el voto. Pero cuando intentaron aprobar una ley que adelantara en unos meses las elecciones previstas para 1950, los conservadores llevaron la guerra hasta el hemiciclo del Congreso, donde fue asesinado a disparos un diputado liberal. Después de masacres abominables, como la de Ceilán, donde fueron quemadas vivas 150 personas, y la de Belalcázar, con 112 muertos, los liberales se retiraron de la pugna electoral, dejando libre el camino para la elección del candidato conservador Laureano Gómez, un admirador fanático de la España franquista.

Aquel año de 1950 fue el más sangriento de la guerra civil, con más de 50.000 víctimas. Años más tarde, la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia, creada por el presidente Alberto Lleras Camargo y compuesta por un monseñor, un general, un político conservador y otro liberal, señaló entre las principales causas de la proliferación de guerrilleros liberales, el trauma causado por haber presenciado “cómo violaban a sus mujeres, hermanas e hijas, mientras ellos, atados, se encontraban impotentes”.

Los guerrilleros liberales se distanciaron pronto de los dirigentes del partido, que no habían empuñado nunca un fusil y que se mostraban siempre dispuestos a pactos con los conservadores, y hasta con los propietarios de tierras, asustados por la simpatía que estaban despertando los rebeldes en las zonas rurales. Los guerrilleros dominaban ya zonas enteras del país, comenzando por las inmensas extensiones de los Llanos. También se transformaron en “territorios liberados” muchas zonas de las cordilleras, donde se había arraigado el PCC y seguía vivo el recuerdo de Gaitán. Se hicieron legendarios los nombres del campesino Guadalupe Salcedo, del desertor del ejército Dumar Aljure, del general Vencedor y del capitán Peligro.

Comíamos muy bien, había buena carne, era ganado de las haciendas. Se vivía sabroso, yo no recuerdo una sola vez en que hubiéramos pasado hambre... Si uno pasaba por una vereda, tenía que desayunar dos y tres veces. No había riesgo, la gente era cariñosa y protectora. La guerrilla subsiste porque el pueblo la quiere, porque el pueblo la mira con simpatía y colabora,

recordó un ex guerrillero.

Los conservadores y los liberales diferían en la forma de acabar con los rebeldes. Los primeros aspiraban a imponer el orden con la fuerza. Los segundos proponían una desmovilización consensuada. Ambas tácticas eran complementarias. Cuando la mediación liberal fracasaba, el gobierno conservador mandaba al ejército, que hacía tiempo había abandonado su posición de relativa neutralidad. “Del odio liberal-conservador estábamos pasando al verdadero problema de la lucha de clases”, dijo el general Matallana.

Fue una transformación muy rápida. Los guerrilleros rompieron en casi todas partes los acuerdos con los grandes propietarios liberales, y éstos impusieron al partido que apoyara la represión de los llamados bandoleros. Cuando empezaron a coordinarse los principales frentes de resistencia, la burguesía colombiana temió que pudiera crearse un nuevo movimiento, popular y armado, en el país. Y sintió verdadero terror cuando los rebeldes enarbolaron la hoz y el martillo, se propusieron como primer objetivo la reforma agraria, y pasaron a la ofensiva en el plano militar. El primer gran revés del ejército tuvo lugar en El Turpial, en los Llanos, donde un destacamento cayó en una emboscada. De los 98 militares que lo componían, los guerrilleros de Guadalupe Salcedo no dejaron con vida más que a dos, enviándolos desnudos a notificar la matanza a las autoridades. Otra acción que desconcertó al país fue el asalto realizado por 200 campe-

sinos, mal armados y en parte borrachos, contra la base aérea de Palanquero, (departamento de Cundinamarca), que demostró, a pesar de su fracaso, el aislamiento en que se hallaba el ejército hasta en las proximidades de la capital. Esto fue suficiente para llevar a ambos partidos a un nuevo pacto. El odio arraigado entre sus militantes aconsejó a los líderes entrar en una fase de transición. Su instrumento fue el general Gustavo Rojas Pinilla, que el 10 de junio de 1953 dirigió un golpe militar acordado. Como dijo el general Fernando Landazábal, “los golpes militares en Colombia, lejos de ser una ambición de los militares para tomarse el poder, han sido una estrategia de la clase política para no perderlo” (1983: 119).

Así es como, hartos de tanta violencia, los colombianos se dejaron convencer por las promesas de Rojas Pinilla, que hablaba de “paz, justicia y libertad”. La mayor parte de los guerrilleros se acogió a la amnistía que el general presentó en su primer discurso a la nación. El mismo día en que el general entró en el Palacio de Nariño, se abrió en una localidad de los Llanos el primer Congreso Guerrillero liberal, que puso en el orden del día la toma del poder. Cuando estaban a punto de concluir su encuentro, tras una semana de discusiones, llegaron de Bogotá invitaciones a la desmovilización, llenas de ambigüedad. Guadalupe Salcedo dijo a los participantes: “De la dirección liberal no volvimos a saber nada, no sabemos si será por influencia del enemigo, pero más o menos ha habido una traición”. Durante los tres meses que siguieron, más de 10.000 guerrilleros entregaron las armas, imaginando que iban a poder regresar tranquilamente a sus casas. Los únicos grupos que no aceptaron la amnistía fueron los que actuaban en el sur de Tolima, uno de los cuales estaba al mando de un pequeño propietario de tierras, al que llamaban Tirofijo por su excelente puntería.

Poco duró la ilusión. La única institución que se reforzó durante los cuatro años del régimen de Rojas Pinilla fue el ejército, que dirigió su principal actividad contra las bandas de rebeldes refugiados en las cordilleras. Los dos partidos, que aspiraban a gobernar entre bastidores, comenzaron con el tiempo a asustarse ante el proyecto populista de Rojas Pinilla, que intentaba establecer un eje directo entre las Fuerzas Armadas y el pueblo. Pronto se les unieron los periódicos más importantes y los grandes grupos económicos. Temiendo éstos sus propuestas de tipo peronista, se sublevaron cuando Rojas Pinilla amenazó con nacionalizar los bancos. La ANDI convocó entonces la única huelga patronal de su historia.

La violencia comenzó de nuevo a sembrar de muertos el país. En algunas zonas procedieron de nuevo a matarse liberales y conservadores, en otras resurgieron los “pájaros” que, en conexión con los agentes de las

diferentes policías secretas, eliminaron a muchos ex guerrilleros. El gobierno de Rojas Pinilla mostró toda su debilidad atacando a ciegas lo mismo a estudiantes utilizados por la oposición partidista, que a sindicalistas que iban al frente de las manifestaciones contra la política de austeridad decretada tras la caída del precio del café, el producto de exportación más importante de la época.

En poco tiempo, Rojas Pinilla logró enemistarse con todos. Alberto Lleras y Laureano Gómez eligieron una amena localidad turística catalana, Sitges, para firmar un pacto llamado Frente Nacional. Según dicho acuerdo, los partidos conservador y liberal se alternarían en el poder durante 16 años, repartiéndose la torta estatal, desde los cargos de ministros hasta los últimos puestos de funcionarios locales. Y cerrando por decreto la puerta del poder a cualquier otra formación.

Rojas Pinilla les ahorró la molestia el 10 de mayo de 1957 al abandonar su cargo. "Ha vuelto la democracia", escribieron a toda página los periódicos colombianos. En realidad habían regresado los capos de siempre de los partidos de siempre, caminando triunfantes sobre los cadáveres de más de 200.000 colombianos.